

BOLETIN DE VETERINARIA.

PERIODICO OFICIAL

DE LA SOCIEDAD VETERINARIA DE SOCORROS MUTUOS.

Degeneración del caballo.—Monta árnia.

Degeneración del caballo.

El hecho de la degeneración de las razas ecuestres se ha explicado de diferente modo. Existe la teoría del clima, que es la mas generalmente admitida; y la teoría de la fatalidad, si nos es dable calificarla con este epíteto, que es la de Bourgelat.

Asignando al caballo un punto céntrico y único de creación se le ve alejar poco a poco conforme se multiplican sus vástagos, sus productos, y diseminarse naturalmente por las diversas partes del mundo en las que se le encuentra en la actualidad. Mas al mismo tiempo que estas emigraciones se estienden, se observan numerosas modificaciones en los caracteres esteriores y en las cualidades íntimas. Fijándose estas modificaciones sobre cierto número de individuos colocados en condiciones del todo semejantes, distinguen profundamente entre si los grupos importantes, y constituyen lo que se llaman las razas.

«La opinión general es que todas estas razas, separándose de su origen, han perdido. Ninguna ha conservado puro el tipo de su procedencia, ninguna ha sobrepasado, ninguna se ha hecho superior; todas han desmerecido. ¿Cuál es la causa, dice

Hazard padre en su *Instrucción referente á la mejora de los caballos*.

ballos, de esta degeneracion ó de este modo particular de conformatacion que adquiere la raza del individuo traspasado? — ¿Procede del influjo del clima y alimento, cual dicen cuantos han tratado de esta cuestion, y como parece inducen á creerlo asi el resultado de todas las experienencias intentadas y observaciones hechas? O bien procede solo del modo insuficiente é incompleto de que todos los ensayos y observaciones han estado seguidos, como pudiera sospecharse al ver los que se han hecho hace mas de un siglo en otras especies de animales, cuyas razas puras se ha conseguido conservar?

Tal era el resultado de la ciencia híppica cuando escribió Huzard padre, uno de los hombres que con mas criterio han tratado esta cuestion. Conocia que los influjos esteriores, (causas tan potentes de modificaciones), no daban completa satisfaccion respecto á la degeneracion constante de las razas, y no admitia la necesidad de los cruzamientos practicados segun las ideas de Buffon y de Bourgelat. Para combatirlas no habria mas que señalar con el dedo los funestos resultados obtenidos, lo qual ha hecho abandonar tan funesta teoria.

Huzard padre, habia conocido que existia algo mas que la continua accion contraria del clima y efectos de los diversos alimentos: veia á su alrededor una ignorancia tan profunda, una incuria ó dejadez tan general, que sospechaba no cumplia el hombre con su deber. Creia que con mas inteligencia y saber no seria imposible detener esta degeneracion siempre progresiva de las razas; sospechaba que investigando se hallarian caminos mas seguros, y se obtendrian resultados mas satisfactorios. Sin embargo se abstuvo en la decision entre las dos opiniones, y exigió solo que la ciencia interrogara, que se estudiase la cuestion y se continuaran con cuidado los ensayos en las yeguadas que para los experimentos proponia.

En la actualidad no es tan oscura la ciencia; la experien-

ha solventado multitud de dudas. Huzard padre, el hippólogo mas instruido de su tiempo, no conocia la historia fisiológica de la raza de pura sangre, importada y establecida en Inglaterra, reproducida entera y sin alteracion alguna distante del punto originario. ¿Y no es este el resultado que él mismo habia previsto? ¿Y esta conquista sobre el influjo combinado del clima y del alimento no es el hecho conocido y positivo que lamentaba su falta, que hubiera asegurado su opinion sobre las faltas cometidas, insuficiencia de las observaciones conocidas y mala direccion de los ensayos hasta entonces practicados? Luego no es exacto decir: «Todas las razas al separarse de su origen han perdido. Ninguna ha sobrepujado, ninguna se ha hecho superior; todas han desmerecido.» En efecto, el principio de conservacion del tipo existe entero en el caballo de pura sangre inglés. Este ultimo no se ha hecho superior al primitivo, al del origen; este hecho es enteramente imposible.

En la opinion de los que no ven mas que la degeneracion del individuo, que la destruccion de la raza madre fuera del clima de predileccion que ha servido de cuna á la especie, esta al menos se conserva pura en su esencia, sin la menor alteracion, siempre se continua una y homogenea, potente contra las causas de desmerezamiento; su fuerza de conservacion està en si inherente á su naturaleza, y el individuo siempre protegido resiste á la degeneracion que nada puede evitar cuando se le saca de su pais natal.

La teoria de Bourgelat es menos consoladora, pues no es solo fuera de su patria donde el caballo se degenera; esta ley fatal que le persigue y le degrada por necesidad en todos los climas donde se le lleve, es una condicion de su existencia, obra con toda su fuerza sobre él hasta en la madre patria.

Hé aqui lo que dice Bourgelat en su *Tratado de la conformacion exterior del caballo*: «Mas, si tal es el orden de la natura-

»leza que las degeneraciones del caballo trasportado ó no son
»inevitables, ¿no degenerará tambien en sus producciones? ¿No
»participarán estas de los influjos del nuevo alimento, del nue-
»vo clima? ¿El desarrollo de las formas no cambiara poco á
»poco en las degeneraciones? Si el sello es puro en la primera
»y no hay vicio alguno en el momento de nacer, ¿no acarreará
»el clima diversas impresiones en el potro en la primera edad,
»y el alimento sobre las partes organicas en el momento del
»acrecentamiento? ¿Y los gérmenes de los defectos, no serán
»mas visibles en la segunda? ¿No serán ya nacionales los pro-
»ductos desde la tercera ó la cuarta, y tendrán el sello del cli-
»ma respectivo? Es cierto que todas estas degeneraciones son
»insalubres, pero no se deduce de aquí que los caractéres del
»primer origen se ocultarán en los hijos ó en los nietos, y que
»no tendran ningun parecido con los animales del pais, que
»deben escluirse los padres extranjeros, porque los nacionales
»constantemente privados de toda accion extraña, se embastece-
»rán de por si, de modo que no les quedaria nada de los caba-
»llos del pais, y pecarian por vicios y defectos tan esenciales co-
»mo monstruosos. Es preciso, cual hacen todas las naciones,
»recurrir al manantial de la naturaleza, y dar á las yeguas
»caballos extranjeros, y á los caballos, si es posible, yeguas es-
»tranjeras. Que si, como sucederá indudablemente, sus hijos
»degeneran, no habrá mas que renovar las razas, adquiriendo
»nuevos machos y nuevas hembras: tal es la marcha que debe
»seguirse, y la adoptada por todos los pueblos.

La experiencia ha juzgado esta teoria, que en verdad no ne-
cesita refutarse en el dia. Sin embargo conviene observar que
por la palabra origen, no entendia Bourgelat el tipo primitivo
de la especie, el caballo padre, el principio de la pura sangre,
sino solo el autor cualquiera de la generacion á que se refiere,
haciendo obstraccion de su origen. Aconsejaba tomar los tipos

de mejora de todas las razas esparcidas por el globo, y que el animal de la conformación mas bella, la más perfecta era el mejor reproductor, el origen mas precioso. Luego, renovando continua- mente este último, añadiendo á las cualidades producidas por él las cualidades debidas á otros reproductores de punta sacados de diferentes razas, deberían obtenerse grandes perfecciones faciles de reproducir por un mismo sistema de cruzamientos, renovados siempre con idénticos fines.

Nadie admite en el dia estas ideas de regeneración de las razas; por demasiado tiempo se han experimentado sus funestos resultados, para idear el volver á tan fatal sistema.

Bourgelat no analizó bien la historia de las emigraciones del caballo, no le siguió de generación en generación hasta su primer origen, y no procuró investigar el valor, la intensidad de los diversos influjos que habían producido todas estas modificaciones del tipo primitivo. Con paciencia, con investigaciones y crítica, hubiera ciertamente descubierto en el pasado fisiológico de las razas las causas de su condicion fisiológica en el momento en que él escribia; hubiera encontrado en un orden de hechos mas real y mejor fundado, en muchos influjos constantes ó variables, en una serie indefinida de causas activas, los puntos, los elementos de su constitucion; en una palabra, la verdadera causa de lo que eran entonces.

Por este estudio racional de los hechos, no hubiera de modo alguno apreciado á la inversa las relaciones de las causas al efecto, no hubiera detenido en su vuelo progresivo el desarrollo de la ciencia hípica, y no hubiera precipitado á la industria caballar en una serie de errores que han perjudicado extraordinariamente á la riqueza ó fortuna pública.

Lo que conviene en vista de lo expuesto, es investigar y determinar las verdaderas causas de la degeneración, cosa que haremos en otro artículo.—N. Casas.

Señor redactor del BOLETIN DE VETERINARIA: espero en su justificada imparcialidad, se sirva insertar en el inmediato número 1 la siguiente contestacion:

En el número 18 del corriente mes y año he leido un comunicado, suscrito con fechadel 40 de mayo último por mi amigo y compañero D. Estéban Antonino García, mariscal de la yeguada del escelentísimo señor marqués de Alcañiz; y si la amistad exige en casos dados por consideraciones diferentes hacer sacrificios mutuos, hay otros en que al amigo no le es dado condescender con el amigo y guardar silencio, y el presente se encuentra entre ella refiriéndose á una cuestión de interés común en la que tantas y tan respetables comparaciones han tomado ya parte para dilucidarla.

Dice el señor de García con mucha verdad, que en setiembre y octubre de 1857, abortaron en la ganadería del señor marqués diez yeguas; de las que si se estaban criando, dos eran primerizas y una la considerade año y vez porque no criaba; y sin aducir mas datos, deduce «una gran diferencia en los abortos entre las yeguas que crean al mismo tiempo y las que no».

Si al señor de García se le presentaran dos piasas de yeguas preñadas, estuvieran ó no criando, una de 47 y la otra de 48, las dos bajo iguales condiciones, y le preguntaran de cual de ellas debían abortar mas, á no dudar diria de la primera.

Si en seguida le interrogaran la regla de proporcion respectiva en los abortos, contestaría que otras en la última equivalian próximamente á ocho en la primera. Ahora bien, cuando lei el comunicado á que me refiero, me personé con el escelentísimo señor duque de Sexto, primogénito del señor marqués de Alcañiz, y encargado en la dirección de aquella ganadería, con el fin de que me facilitara como en otras ocasiones se sirvió hacer y me tiene ofrecido, para cuando necesario fuere, los

libros de esta; (1) pero teniéndolos á la sazon en la yeguada, me presentó el gran estado que lleva del movimiento de aquella: y si bien no pueden darse datos precisos y concluyentes por no constar en él todavía la paridera del año 58, encierra los suficientes para que los suscritores al BOLETIN formen un juicio aproximado de la verdad.

Aparecen en el estado de 1857, 47 yeguas paridas, dos muertas que estaban preñadas (no se puede decir si hubieran abortado en caso de vivir): 8 vacias y 10 de entrada, ó sean primerizas: de estas 18 últimas ninguna tenía cría, y pueden mirarse como pertenecientes al sistema alterno, así como las 47 al anual; si no puede asegurarse cuantas de estas dejarían de concebir por faltar el predicho dato, en igual caso se encuentran las vacias del año anterior y las primerizas. Dado para la comparacion que todas estuviesen preñadas, resuaria que los tres abortos de las 18 equivalian á ocho próximamente de las 47.

No hay, pues, esa gran diferencia á favor de la monta bienal.

Mi amigo D. Antonio y todos los profesores que se encuentren en disposicion de ello, harán un importante servicio insertando sus observaciones, colocándolas en el terreno de la imparcialidad, y mesurando las circunstancias que lo necesiten para la aclaracion de los hechos. La ciencia y el verdadero progreso, le agradeceran tambien que, sin desprenderse de la propiedad que le acompaña, emita su juicio sobre la bondad comparativa de las crías de los dos sistemas. Cuando se trata del bien público, nunca datos concienzudos están demás, por mas que las Academias de veterinaria española y otras corporaciones científicas hayan fallado en general á favor de la monta.

(1) De ellos tome los datos que los lectores de mis impugnaciones habrán visto, y á las que remito á mi amigo García para que vea si lo hice con conciencia.

ánuas, y en particular el señor duque de Sexto con relación á su ganadería.

Respecto á hallarse mas débiles las yeguas preñadas y con rastra que las que solo se encuentran en el primer caso, es muy obvio; pero esto en nada se opone á la preferencia que se ha dado á la monta anual: se ha dicho y probado, que mas destruye el criar que el estado de gestación; la comparación hubiera estado en su lugar con las que criaban hallándose vacias. Además, el señor de García, confiesa que todas estaban decaídas por la escasez de alimentos, y tambien se ha manifestado la conveniencia de nutrir bien las yeguas, ya estén solo preñadas, ya solamente criando ó ya alimentando un potro y un feto, cuando se trata de mejorar los productos; á estas consideraciones pudiera añadirse la de que la época de los abortos era la del destete, ó sea la en que se aconseja la separación de las madres de con sus hijos.

Espero que mi amigo García no vea en este escrito personalidad de ningun género, como yo tampoco la veo en el suyo, pues que en los dos solo resaltan las respectivas opiniones, y que únicamente me ha movido á ponerlo, el estar muy interesado en la cuestión; el conocer la yeguada de S. E. aunque no muy á fondo desde su fundación; el haber examinado sus libros y estado en varias ocasiones; el conocer por espacio de mas de treinta años sus productos en la caballeriza de S. E. como encargado de asistirlos facultativamente y el que aparezcan los hechos como creo son en sí para que resulte la apreciación de ellos y el juicio imparcial.

Madrid 28 de junio de 1858.—Martin Grande.

Redactor y editor responsable Nicolás Casas.
MADRID 1858.—Imprenta de D. Tomás Fortanet, Libertad 29.